

## Á LA ESPERANZA.

### PLEGARIA

Á ti, sublime emanación del cielo,  
Que templas de fortuna los rigores;

Á ti, que en el hogar de los dolores  
Viertes lluvia de plácido consuelo:

Á ti, que puerto brindas al anhelo  
De espantosa borrasca en los horrores,  
Y al moribundo otorgas tus favores,  
Y amorosa lo envuelves en tu velo....

Á ti se vuelven mis nublados ojos  
Implorando piedad!... Deja que mire  
Tu faz, do nunca brillan los enojos!....

¡Oh!.... deja, deja que en tu amor me inspire!....  
Y que al dar á la tierra mis despojos,  
Abrasado en tu amor en paz espire!

JUAN JUSTINIANO.



## EL CATECISMO

### ORGANO

#### DE LA «CONGREGACIÓN DEL CATECISMO.»

*Hæc est victoria quæ vincit mundum, fides nostra.*

Esta es la victoria que vence al mundo, nuestra fe.

1.<sup>a</sup> EPÍST. DE S. JUAN, CAP. V, V. 4.

## DOCTRINA

(CONTINÚA.)

Mas esta resurrección, la misma en substancia para todos, no tendrá para todos las mismas cualidades; diferirá según la diversa condición de las almas que vengan á recobrar sus cuerpos: unas vendrán de la mansión de la gloria, otras vendrán de los abismos infernales.

Los cuerpos de los escogidos serán como dice San Pablo, á semejanza del cuerpo de Jesucristo: *Él reformará nuestro cuerpo abatido para hacerlo conforme á su cuerpo glorioso.* (Filip. III. 21.) Y por tanto gozarán, dice el mismo, de cuatro maravillosas cualidades: Impasibilidad, claridad, agilidad y sutileza.

I. IMPASIBILIDAD. *Se siembra en corrupción, resucitará en incorrupción.* (San Pablo á los Cor. XV. 42.) Este cuerpo ahora tan débil, tan enfermo, tan sujeto á incomodidades y sufrimientos, no padecerá ya más ninguna miseria, ningún dolor, ninguna alteración; no temerá ya ni el hambre, ni la sed, ni el frío, ni el cansancio.



II. CLARIDAD. *Es sembrado en vileza, resucitará en gloria.* (v. 43.) Nuestros cuerpos ahora oscuros y terrestres, serán entonces luminosos y resplandecientes como el sol; según la expresión del mismo Jesucristo que nos lo enseña con estas palabras: *Los justos resplandecerán como el sol en el reino de su Padre.* (San Mateo XIII, 43.) Y de ello dió á los Apóstoles una prueba y un vislumbre en su propia persona cuando en el día de su Transfiguración dejó caer en su carne un rayo de su divinidad; su rostro brilló como el sol y sus vestidos quedaron blancos como la nieve.

III. AGILIDAD: *Es sembrado en flaqueza, resucitará en vigor.* (v. 43.) Este cuerpo tan grosero y tan pesado, se hará de tal modo celestial y ligero, que podrá sin trabajo transportarse de un lugar á otro, como si fuese espíritu. Jesucristo nos ha dado igualmente la prueba, cuando, después de su resurrección, apareció repentinamente á los Apóstoles ya en el cenáculo, ya en el camino de Emaus, ya á la orilla del lago de Tiberiades.

IV. SUTILIDAD, ó la facultad de penetrar los cuerpos. *Es sembrado cuerpo animal, resucitará cuerpo espiritual.* (v. 44.) El cuerpo será de tal manera purificado y espiritualizado, que, sin dejar de ser cuerpo, podrá penetrar como los puros espíritus en las substancias más duras y más compactas; como Jesucristo atravesó la enorme piedra que cerraba su tumba, y como entraba en el cenáculo y salía de él estando cerradas las puertas.

Esas serán las dotes beatíficas de los cuerpos de los escogidos, y, lo que es todavía más grande, serán reformados sobre el modelo del cuerpo glorioso de Jesucristo, serán copias vivas de este maravilloso tipo de toda hermosura, de toda majestad, de toda gracia y de toda perfección.

No así los cuerpos de los réprobos, que recobrarán sus propiedades naturales, sus miembros intactos y destinados á una duración eterna; pero esta integridad y este vigor les hará más crueles los tormentos de la otra vida y sostendrá por siempre sus fuerzas en medio de aquellas llamas eternamente devoraderas. Tendrán, además, cualidades en todo opuestas á las antes enunciadas: víctimas del dolor, estarán inmóviles, horribles, espantosos, transformados en monstruos y en espectros horrendos, verdaderos cadáveres animados. Baste decir que estos cuerpos corresponden á aquellas infelícísimas almas venidas de las cavernas infernales, para figurarse toda la monstruosa fealdad que las mismas imprimirán á la carne que vuelven á animar.

Imaginémonos qué sentimientos tan opuestos embargarán á los justos y á los réprobos cuando vengán á recoger sus cuerpos. ¡Qué gozo, qué contento para las almas virtuosas hallar graciosos, ágiles, luminosos y revestidos de admirable belleza los cuerpos que dejaron débiles y consumidos por los trabajos, las contrariedades y los males! ¡Qué inefable consuelo ahora! ¡Cómo bendecirán aquellos días de penitencia, de mortificación, pasados tan presto y



que les proporcionaron las tan grandes satisfacciones que experimentan! Por la otra parte, cuál será el dolor, cuál la confusión y la rabia de las almas de los réprobos, cuando se miren obligadas á revestir un cuerpo tan horrible y tan repugnante, destinado á ir á alimentar eternamente el fuego del infierno y que habrá de ser para ellas una cárcel perpetua! No podrán menos de airarse contra sí mismos, y maldecir esa carne instrumento y cómplice de tantos pecados, y por complacer á la cual se arruinaron y perdieron sin remedio! ¡Cuál aumentará su rabia, su desesperación y su furor, cuando paseen sus miradas en derredor y vean tan hermosos, tan gallardos los cuerpos de los bienaventurados y comparen la gracia y donaire de aquellos dichosos cuerpos con la fealdad de los que tienen ellos!

En resumen, el misterio de la resurrección de la carne se reduce á estas dos verdades: 1.<sup>a</sup> El alma sobrevive al cuerpo que se descompone en el sepulcro. 2.<sup>a</sup> El alma recobrará algún día este mismo cuerpo de que por la muerte se separa; y alma y cuerpo vivirán eternamente felices ó eternamente desgraciados.

¡Ah niños cristianos! guardad con firmeza la fe de la resurrección de la carne; armaos de este pensamiento para no ceder nunca á las seducciones de la carne ni á los deleites sensuales; mantened vuestros cuerpos en santificación y en pureza, y vivid en la mortificación cristiana para que aseguréis así á vuestra carne una resurrección venturosa.

P. ¿Cuándo ha de venir nuestro Señor Jesucristo á juzgar á los vivos y á los muertos?

R. *El día del juicio vendrá con gran gloria y majestad, á juzgarnos y á dar á cada uno conforme á sus obras: á los buenos, vida perdurable porque guardaron sus santos mandamientos, y á los malos, pena y muerte eterna porque no los guardaron.*

Tres son los oficios principales de nuestro Señor Jesucristo, á saber: los de *Salvador, Abogado y Juez*. Satisfizo el primero durante el tiempo de su vida mortal; cumple con el segundo desde que subió á los cielos y está sentado á la diestra de su Padre; ejercerá el tercero al fin de los siglos, cuando baje visiblemente del cielo á juzgar al mundo. En este artículo profesamos creer en esa segunda venida de Jesucristo á la tierra, venida muy diferente, por cierto, de la primera; pues que no vendrá con ojos de misericordia, ni para salvar á los hombres, sino como supremo Juez del universo; se presentará, no víctima llena de ultrajes, labrevada de dolores y crucificada por nosotros, y sí rodeado de gloria y majestad, precedido de terror y en todo el brillo de su divina grandeza. La verdad es esta de las más importantes, que el mismo Jesucristo enseñó de un modo especial á los Apóstoles á fin de que la extendiesen por el mundo; verdad infalible que hallamos á cada página en el Antiguo y en el Nuevo Testamento y de la cual nos



limitaremos á estudiar aquí las principales circunstancias, que son: la persona del juez, el tiempo de ejecución, el modo y la forma que ha de revestir.

En cuanto á la *persona del juez*, ocurre desde luego una dificultad, y es: ¿Por qué se ha de atribuir á Jesucristo el poder de juzgar? Pues qué, ¿esta atribución no es propia esencialmente de Dios? Así pues, deberá ser común á las tres divinas Personas de la Santísima Trinidad.—Sí, es común á las tres Personas, sin duda alguna; pero se le atribuyé en especial á Jesucristo, por dos razones:

1.<sup>a</sup> Porque el juzgar es operación de la Sabiduría, que es atributo propio del Hijo, como el Poder lo es del Padre y la Bondad del Espíritu Santo.

2.<sup>a</sup> Porque Jesucristo juzgará aun en cuanto hombre. Esté poder le fué dado por el Padre, precisamente porque se hizo el Hijo del hombre: *Le dió poder de hacer juicio, porque es Hijo del hombre.* (San Juan V. 27.) Notad bien esta razón, que no deja de sorprender á primera vista; pues parece que semejante poder le debió ser confiado por ser Hijo de Dios: entre esta dignidad y el derecho de juzgar al mundo existe una relación evidente; pero ¿qué relación puede haber entre ese derecho y la cualidad de Hijo del hombre?—Tal relación, responde San Agustín, es también muy estrecha y tan clara cuanto es posible. Si Jesucristo no hubiese sido más que Hijo de Dios, ¿quién le hubiera juzgado, quién habría proferido contra él la sentencia de condenación? Mas, por haberse dignado hacerse también

Hijo del hombre, fué tratado como hombre, sometido á un examen, á una sentencia y condenado al suplicio de los más viles malhechores. Y si fué juzgado como hombre, cómo hombre debe también venir á juzgar á la tierra: deben todos verle coronado de gloria, sentado en el tribunal supremo del Universo y reconocido por soberano Señor que nunca jamás dejó de ser.

(CONTINUARÁ.)

## MORAL

### LA ESPERANZA.

(CONTINUA.)

#### V

Hemos dicho con San Alfonso, que el objeto material y primario de esta virtud, es la bienaventuranza del cielo, ó sea el mismo Dios, en cuyo conocimiento, amor y posesión consiste sobre todo la felicidad suprema.

En efecto, nuestro entendimiento hecho para el conocimiento de la verdad, aquí la busca con ansia ni siempre ni del todo satisfecha. Es cierto que la fe nos pone en posesión de un conjunto de verdades; pero, aunque con toda justicia y derecho, nos pide el noble sacrificio de la razón y es todavía *substancia de las cosas que se esperan, argumento de las cosas que no aparecen.* Prescindid de la fe, y hallaréis que la verdadera ciencia es nada en compara-



ción de lo que puede saberse y quiere saber la inquieta inteligencia humana: el campo de lo cognoscible carece de lindes y divagamos demasiado en conjeturas de que mañana nos reiremos.

¡Pero la fe alienta nuestra esperanza, pues que nos asegura infaliblemente que cumpliendo con los mandamientos de Dios llegaremos al cielo, donde nuestra alma oportunamente preparada verá de hito en hito el sol de la Verdad increada, fuente y razón de toda verdad y, lo que es más, que esto será de modo que supera á las fuerzas naturales, pues veremos á Dios, no en espejo y en enigma, sino cara á cara y como es.

La voluntad que aquí está siempre inquieta y descontentadiza; que se consume en ardorosas ansias de bien; que vacila, se engaña y se pierde por las ilusiones de los sentidos; allá en el cielo amaré sobrenatural, inmensa é irresistiblemente á Dios, que es la amabilidad suma y por excelencia, principio de todo bien.

Aquí tenemos la desdicha de que aunque lleguemos á poseer á Dios por gracia, sin embargo, tenemos el peligro de perderle y le perdemos de hecho por el pecado mortal. Y aunque esto no sea, ¿quién nos libraré del tormento que produce el solo temor de que podamos perderle? No será así en la gloria, porque la posesión de Dios será eterna y exenta de temores.

¡Oh felicidad la del cielo! luz sin sombras y sin ocaso para el entendimiento, hartura de la voluntad;

el alma se anegará en la verdad y en el bien infinitos. *Ego ero merces tua magna nimis*, Dios será nuestro galardón superabundantísimo.

Esta dulce consideración es la que sostiene nuestra esperanza aun en las horas de mayor desaliento, y nos anima á creer, y amar, y á buscar el más perfecto remedo de aquella dicha, en el amor y servicio de Dios en esta vida, para tener la esperanza de verle y gozarle en la otra.

¿Qué amamos, si no amamos á Dios, único ser digno de amor infinito?

## VI

Dijimos que el objeto secundario de la esperanza son las gracias divinas y nuestras buenas obras hechas con el auxilio de Dios.

Si bien se mira, estos son los medios para conseguir el fin último; pero medios necesarios é indispensables. La gracia de Dios: sin ella el hombre no puede hacer nada: *quia sine me nihil potestis facere*, ni menos en orden á la eterna felicidad de la gloria. Crece de punto esta imperiosa necesidad de la gracia, si se considera el estado lamentable en que quedó nuestra naturaleza caída, y la multitud de tropiezos y tentaciones que impiden el paso por el camino de la virtud. El Apóstol San Pablo, profundamente angustiado por la magnitud de las dificultades que se le presentaban para ser santo, exclamaba: «¿quién me libraré de este cuerpo de muerte?» y escucha la consoladora palabra del Se-



ñor que le dice: «bástate mi gracia.» En efecto, era tan eficaz la divina gracia en San Pablo, que pudo asegurar más con sus ejemplos que con su célebre expresión, que todo lo podía en Aquel que le daba fortaleza: *Omnia possum in eo qui me confortat.*

La gracia exige la correspondencia nuestra. Toda la doctrina católica que prueba la necesidad de las buenas obras para salvarse, es argumento en favor de la correspondencia. El Doctor de la gracia San Agustín ha dicho en ese estilo tan propio é inimitable: *El que te creó sin ti, no quiere salvarte sin ti.*

## VII

Resta aún que hablemos acerca de los medios que es necesario poner en práctica para que nuestra esperanza no sea una vana presunción que nos pierda después de habernos engañado miserablemente. Supuesto que la verdadera, la sólida esperanza, es una virtud nobilísima, es claro que requiere medios adecuados que son sin duda los siguientes:

1.º *La digna y frecuente suscepción de los Santos Sacramentos de la Penitencia y Eucaristía.*—El que sabe confesarse sabe salvarse. Jesucristo que es todo bondad, ha dejado en su iglesia la fuente purísima donde nuestras almas puedan purificarse de las manchas del pecado; pero también la Penitencia exige sus condiciones sin las cuales no produce sus saludables efectos. Hay que confesarse con profundo dolor de haber ofendido á Dios por ser Él quien es, ó llorando la desgracia en que el pecado mortal su-

merge á el alma, pues como dice nuestro precioso Catecismo, *quítale la caridad y á Dios que es vida suya, la gracia y la gloria, y condénala al infierno:* es decir, que la pobre alma que ha dado entrada al horrible monstruo del pecado mortal, ha muerto; porque ha perdido la caridad que es la vida del espíritu; ha perdido á Dios que es la vida de la caridad, y en consecuencia se acabó para ella el derecho al cielo, y mientras dure en ese lamentable estado, el infierno tiene abiertas sus puertas para devorarla.

Ade más, á ese dolor sobrenatural debe acompañar el propósito firme y sincero de enmendarse, puesto que se trata nada menos que de pedir el perdón. Y no sólo, sino que hemos de estar preparados á poner por obra todo lo que se nos mande en orden á satisfacer por nuestros pecados.

Con estos sentimientos y condiciones hagamos nuestras confesiones con toda verdad, humildad y sinceridad.

La Sagrada Comunión, según las promesas de Jesucristo, es una prenda de la inmortalidad. El que come la carne adorable de nuestro Salvador y bebe su preciosísima Sangre, vivirá eternamente. Pero este efecto supone que la comunión sea digna: que nos acerquemos con aquellas disposiciones que tuvo el patriarca Jacob cuando fué á adorar y á sacrificar al Señor. Dice el Sagrado Texto que reunió á toda su casa y les dijo que arrojaran á los dioses ajenos, que se purificaran, que se cubrieran con



nuevas vestiduras, que se levantasen y fuesen con dirección á Bethel. Así nosotros, reunamos nuestra casa, ó sea las potencias del alma: hagamos que el entendimiento reflexione, que piense quién viene, á quién viene, cómo y con qué fines en el Santísimo Sacramento del Altar: que la memoria recuerde el inmenso beneficio que Jesucristo nos hace: que la voluntad se encienda en el fuego del amor y del agradecimiento. Arrojemos del altar de nuestro corazón los ídolos, los falsos dioses de la soberbia y del amor propio, ó de cualquiera de las pasiones que allí á manera de déspota se haya entronizado. Purifiquémonos por medio de la confesión, por medio de continuos actos de contrición. Que nuestras almas ostenten la rica estola de la gracia, que precisamente el traje nupcial para asistir á las bodas del Cordero, sentarse á la Mesa, comer el Pan de los ángeles y beber el Vino que engendra vírgenes.

(CONTINUARÁ.)

## VARIEDADES

### EL SECRETO DE MARÍA.

Al regresar del mes de María, la madre y sus tres hijos fueron á sentarse al jardín para respirar por breves instantes el aire embalsamado de la tarde. La madre entonces llamó á su hija mayor cerca de sí, y estrechándola suavemente contra su corazón, le dijo:

—Juanita, ¿has entendido bien lo que leyó esta

tarde el Señor Cura? Nos leyó un librito pequeño, pero que vale incomparablemente más de lo que pesa en oro. Ese hermoso libro se intitula el *Secreto de María*, esto es, el arte de amar á la Santísima Virgen como es debido, para ir derechamente al Paraíso. No-hago esta pregunta ni á Margarita ni á Pedro, porque, pequeñuelos como son, más bien se ocupaban en mirar las lindas flores y las brillantes luces; pero tú, Juana, que muy en breve vas á hacer tu primera comunión, ¿podrás decirme cuál es ese secreto de la Virgen Santísima?

—No, mamá, no sé cuál es, respondió Juana; me distraje yo también á la hora de la lectura.

Pedro y Margarita gritaron:

—¡Mamá, mamá, yo lo sé! ¡El secreto de la Virgen Santísima es el escapulario! Nos lo ha dicho Francisca.

—Bien está, hijitos, replicó la madre. Sí, tenéis razón, el escapulario es uno de los secretos de María. La misma Virgen purísima se lo dijo á un santo al entregarle el escapulario del Carmen. El que muere revestido de este hábito se verá libre del fuego eterno. Dichosos por tanto aquellos que llevan esta santa librea, con tal que le lleven, entendedlo bien, de un modo digno de la Reina del cielo.

Pero el escapulario no es sino uno de los secretos, no el *gran secreto* de la Virgen inmaculada.

—¡Mamá, mamá, ya lo sé! interrumpió Pedro. El Señor Cura lo-explicó en la Doctrina: ¡el secreto de la Virgen es el Rosario!



— No te falta razón, hijito mío. Y no será por cierto el Señor Cura quien te contradiga cuando nos ha predicado tanto y tanto la devoción al Rosario. La Corona, ó el Rosario, es una guirnalda compuesta de ciento y cincuenta *Ave Marías*, y el *Ave María* es la oración más amada de la Madre de Dios, es la oración de los predestinados.

El Rosario es una cadena de rosas que une nuestros corazones al Corazón de María. Cuando se le reza bien durante toda la vida, se puede estar tranquilo, porque la Virgen Santísima en el último día de nuestra vida mortal, tira suavemente de la cadena hacia sí, y entonces nuestro corazón se va, se va, hasta que llega al corazón de aquella amorosa Madre!

Pero no, tampoco el Rosario es el secreto de María, no es el *gran secreto de María!*

Queréis conocer este gran secreto, ¿no es verdad, hijos míos? . . . . ¡Bien! Os lo voy á enseñar; estadme atentos. Conozco ése secreto desde hace muchos años, pues lo recibí de vuestro abuelo, que lo tuvo á su vez de sus padres y sus padres lo aprendieron de la boca misma del célebre P. Montfort!

Este insigne devoto de la Madre de Dios, se expresaba con estas palabras:

*El secreto de María consiste en una consagración total de sí mismo á la Santísima Virgen.*

« Tenéis, decía, bienes temporales, una casa, tierras, una pequeña fortuna: confiadlo todo á María. Tenéis cuerpo, salud, alma con sus admirables facultades que son entendimiento, memoria, voluntad,

amor; dadle todo eso á María. Tenéis méritos, adquiridos por vuestras buenas obras: depositadlos en manos de María. Habéis hecho sacrificios, oraciones, para alcanzar tal ó cual favor, el alivio de una enfermedad, la conversión de un pecador, la libertad de una alma del Purgatorio, etc.: entregad todo eso á María. En una palabra, dad sin reserva vuestra persona y vuestros bienes á la Santísima Virgen. Dejadle la completa disposición de vuestra vida y de cuanto os pertenece. Haced ese acto de consagración á la Reina del cielo, de una vez para siempre, eligiendo para ofrecérselo, alguna de sus principales festividades, ó un día del mes de Mayo; renovad vuestro propósito de tiempo en tiempo por medio de un suspiro de vuestro corazón. Esforzaos diariamente por agradar á la Virgen Santísima imitando sus virtudes, y entonces pedidle cuanto queráis para vosotros ó para otras personas, seguros de que os lo concederá; pues que todo cuanto era vuestro se lo habéis dado primero á Ella. ¡Oh! sí; Ella santificará vuestras oraciones y las hará gratas á Dios; Ella purificará vuestras buenas obras; Ella guardará vuestros bienes, y sobre todo vuestros méritos; Ella os alcanzará, sobre la tierra, gracias maravillosas; Ella aumentará en los cielos las riquezas de vuestra gloria. Este es el verdadero camino para llegar al cielo, el camino más seguro, el más corto y el más fácil.»

Tal es, hijos míos, la doctrina que nos dejó el sabio y venerable P. Montfort, doctrina que venimos



poniendo en práctica cuidadosamente en nuestra familia. Frente á vosotros tenéis la estatua de la Santísima Virgen. Esa estatua está allí, en su nicho engalanado con guirnaldas de hiedra para decir á todo el que aquí llega que María es la dueña de nuestro jardín. En cada una de las piezas de nuestra casa está también la imagen de María, para atestiguar que todo lo nuestro le pertenece, nuestros bienes, nuestras personas, nuestras vidas. En nuestra casa nada se hace que no sea bajo la mirada y con la bendición de María; todo por María, para María, con María y en María, á fin de que todo quede mejor hecho por Jesús, para Jesús, con Jesús y en Jesús.

Aquí tenéis la razón de por qué ninguna cosa turba jamás la paz de nuestra casa. Venga lo que viniere, goces ó penas, estamos seguros de hallarnos siempre unidos al Corazón de María, y continuamos tranquilamente nuestro camino hacia el cielo.

Conocéis ya, hijos míos, el *secreto de María*, el secreto de la dicha! No lo olvidéis; y cuando lleguéis á ser grandes, enseñadlo á cuantos podáis con vuestras palabras y con vuestros ejemplos. . . . .

La madre se levantó, los niños la siguieron, y hechas aquellas demostraciones de filial ternura que acostumbraban dar á la autora de sus días, contentos y alegres se sentaron á la mesa, cenaron juntos y juntos se divertieron un buen rato: llegada la hora del descanso, postráronse reverentes á dar gracias á Dios por sus beneficios, invocar la protección de María y los cuidados del Angel de la Guarda. . . . .  
¡Plácido sueño el de aquellos buenos niños bajo las alas de los ángeles, la mirada cariñosa de María y la paz de Dios que reinaba en sus tiernos é inocentes corazones!

(SIMIENTES DEL PARAÍSO.)



## EL CATECISMO

ORGANO

DE LA «CONGREGACIÓN DEL CATECISMO.»

*Hæc est victoria quæ vincit mundum, fides nostra.*

Esta es la victoria que vence al mundo, nuestra fe.

1.º EPÍST. DE S. JUAN, CAP. V, V. 4.

## DOCTRINA

(CONTINUA.)

Además, si el oficio de juez le conviene á Cristo por lo que es en sí mismo, como justa recompensa y premio de las humillaciones que padeció, á nosotros no menos nos conviene; porque es indispensable que todos cuantos han de ser juzgados vean y sientan la presencia de su juez; y como la mayor parte no le podrán ver en cuanto Dios á causa de los crímenes que cometieron, no les queda más arbitrio que verle bajo la forma humana.

Por otra parte, como Jesús se hizo hombre y dió su vida por nosotros, nadie podrá reprocharle que emplea una severidad excesiva. Por esto es que vendrá precedido de la señal augusta de la Cruz, estandarte de nuestra redención; se sentará en el valle de Josafat, no lejos de Jerusalem y del monte Calvario en que por nosotros fué crucificado. Con tales recuerdos y con tales testimonios ante los ojos, ¿quién podrá reclamar contra la sentencia de condenación pronunciada por un juez que primeramente fué nuestro misericordiosísimo Salvador?